

LA TEMPESTAD LEVANTADA POR PABLO VI

La política real del Vaticano en Italia es muy distinta de la marcada en los documentos oficiales de la Iglesia. La Santa Sede interviene políticamente en las elecciones italianas, cuando, sin embargo, teóricamente concede un margen de confianza a la decisión personal de los católicos.

Desde León XIII para acá se ha ido acercando tolerantemente la Iglesia —aunque a destiempo— a las corrientes sociales y políticas contemporáneas. Juan XXIII marcó el punto máximo de esta curva. Su distinción entre "ideologías" y "movimientos" fue capital en la historia social de nuestros tiempos. Por eso llegó a admitir "ciertos contactos de orden práctico" con los diferentes socialismos del Este y del Oeste en la encíclica "Paz en la Tierra". Su espíritu abierto y realista, exento de todo temor, le hizo ver que estos contactos prácticos pueden ser incluso "provechosos".

Pero Pablo VI es muy diferente. El Papa Roncalli lo advirtió cuando dijo que Montini era una reencarnación de Hamlet, con sus dudas y vacilaciones constantes. Y así ha resultado su Pontificado. Actualmente, asustado el Vaticano por la creciente subida popular del PCI, ha esgrimido todas sus armas contra él. No quiere que los italianos voten sus listas, aunque en ellas figuraran colaboradores que no son del PCI. La corrupción de muchos seguidores de la Democracia Cristiana italiana es evidente. Los muchos años de exclusión en el poder les han hecho caer en las redes de la inmoralidad y del abuso. En cambio, los candidatos municipales del PCI han dado constantes muestras de honradez, y buena parte del pueblo italiano está dispuesto a inclinarse por estos candidatos en las próximas elecciones, independientemente de la ideología de base. Algunos muy conocidos personajes católicos han formado parte de estas listas electorales, siguiendo la línea marcada por Juan XXIII. No aceptan la ideología, pero sí la actuación práctica. El resultado ha sido una ver-

dadera tempestad en la prensa del país.

El presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, cardenal Poma, ha hecho el máximo esfuerzo para que los católicos italianos no colaboren en estas listas ni voten por ellas. Pablo VI ha apoyado públicamente a este cardenal, pidiendo dramáticamente que no haya "traidores" en la Iglesia y que —como piden los obispos— se unan los católicos entre sí "para no dispersar fuerzas". O sea, que voten a la Democracia Cristiana.

Sin embargo, en estas listas figuran algunos personajes de un catolicismo indudable, como Raniero La Valle, el famoso escritor y periodista, uno de los creyentes más inteligentes y de más fina espiritualidad. Por eso no se puede interpretar su postura ni como una defección, ni como una traición. Ha sido deudor de los principios establecidos por Juan XXIII, y ha decidido con personal responsabilidad lo que creía mejor en conciencia para su país.

Para extrañeza de los católicos del mundo entero, esta actitud llorosa del Papa, porque alude a que el episcopado italiano está "gimiendo", la justifica por ser él también el obispo de la diócesis de Roma y el primado de Italia. Sorprendente postura de un Pontífice universal, que debería haber considerado la repercusión internacional de su actitud, tan italianizante y tan poco coherente con la postura oficial de la Iglesia con los países socialistas.

Dos datos de interés: a la Conferencia Episcopal, que condenó estas actitudes de los católicos, asistieron sólo poco más de la mitad de los obispos y hubo aproximadamente un 10 por 100 de los asistentes que no votaron el documento final.

El resultado es la confusión. Unos han clamado por la excomunión y otros aclaran que no puede haberla. El final es que esta falta de serenidad le ha perjudicado a la Iglesia una vez más.

■ E. MIRET MAGDALENA.



La Capilla Sixtina

BERLINGUER SE HA PASADO

ENCARNA ha estado en Roma "dando de comer a las palomas de la Piazza Navona", y me guiña un ojo. Deduzco que ha ido por cuestiones políticas.

—No te habrás metido en una internacional terrorista...

—Usted lo ha dicho. Pertenezco a la internacional "Bragas de acero" como cabeza visible de la sección española "Liguero incorrupto". Pero usted, ¿qué se cree? ¿Que si militara en el terrorismo se lo iba a contar?

—No me gusta que emplees tantas procacidades en tu vocabulario, ni que me hables siempre como si fuera un idiota. ¿Qué tal Roma?

—Insufrible. Berlinguer se ha pasado.

Y se sumió en profundísimos pensamientos. Tan profundos, que no volvía.

—¿Qué quieres decir con eso de que Berlinguer se ha pasado?

—¿Usted ha visto su lista de candidatos comunistas independientes? Los tres principales intelectuales cristianos, un comisario de la CEE, el señor Spinelli, y un general. Dicen que el Santo Padre se sube por las paredes y los hermanos Agnelli no saben qué hacer: si fundar un partido, si meterse en la Democracia Cristiana o si echarse al mar conduciendo un Fiat de lujo todo de oro.

—Uno de los hermanos Agnelli, el jovencillo, ya se ha metido en la Democracia Cristiana. Los industriales quieren apuntalar a los políticos. Pero, dime. Todo esto es un éxito de la política de Berlinguer. ¿Por qué dices que se ha pasado?

—Porque es exagerar, señor, porque no se puede achuchar de esta manera al adversario, digo yo. Luego dice que no quiere asustar a la burguesía, y resulta que se lleva a un tfo como La Valle, que era la reserva espiritual del catolicismo avanzado.

—Pero ¿dónde has aprendido tú todo eso?

—Me lo contó todo un amigo de usted que me encontró en Roma. Un tal Comín. En cuanto suelta el rollo de los cristianos para el socialismo no hay quien le pare. Estaba en Roma aprendiendo. Pero Berlinguer se ha pasado. Me ha permitido descubrir que se puede llegar a la violencia del pactismo. Que a base de pactos, el Berlinguer le ha pegado un pactazo a la burguesía de no te menees.

—O sea, que ahora resulta que un pactista como Berlinguer te cae bien.

—Excelente. Es el chulo del pacto, pero todo con ternura, con mucha ternura.

—Ese vocabulario..., ¿no lo habrás sacado de una octavilla contracultural?

—Lo he sacado mirando a Berlinguer en un mitin, con estos ojos, con estos ojos, don Sixto... Y...

—¿Y...?

—Que estaba como un tren, don Sixto. Que así deberían estar todos los pactistas. ■

SIXTO CAMARA